

# LOS VASCOS

---

UN PUEBLO QUE SE VA <sup>(1)</sup>.

POR

**ELISEO RECLUS (1867)**

---

Traducción de «MARTIN DE ANOGUIOZAR»

---

El nombre del Pueblo Vasco despierta agradables ideas en la mayoría de los viajeros que se han paseado a orillas del golfo de Vizcaya, entre Bayona y Bilbao. Al recordar los graciosos paisajes de la comarca, se está naturalmente dispuesto del todo a pronunciar un juicio favorable acerca de la raza misma; las perspectivas arrojan un reflejo de su esplendor sobre los hombres que en ellas fueron vistos, y la belleza física de las poblaciones contribuye, en gran parte, a hacerles conceder muchos méritos sin examen previo. De todos modos el conocimiento rápido que se hace de los Vascos cuando, libre de toda inquietud, se recorren las playas y los barrancos procurando dejar reposar lo más amenudo el pensamiento, es generalmente superficial y vago. El extranjero que va a pasar algunos días o algunos meses a las villas de baños y placer situadas al pie de los Pirineos occidentales, no tiene ocasión de adquirir ideas exactas acerca del carácter y costumbres de los aborígenes. Durante los días de fiesta, ha visto a los jóvenes armados de sus guantes de madera (2) devolverse vigorosamente la pelota en la gran plaza

---

(1) *Les Basques. Un peuple qui s'en va.* «Revue des Deux Mondes». Año XXXVII, tomo LXVIII, 1 de Marzo de 1867. (Nota del Traductor.).

(2) Guante de cuero, manopla cóncava e inflexible de suela (N. del T.).

de la aldea; quizás también cruzó el Bidasoa sobre espaldas de un pescador atlético y se arriesgó por las aguas de la bahía de Pasajes en una barca conducida por remeras de brazo musculoso y perfil heroico; pero ahí se limita frecuentemente su experiencia del Pueblo Vasco, siéndole difícil discernir en lo restante lo que procede de los antiguos habitantes del país y lo que es debido a la invasión gradual de las civilizaciones particulares de Francia y España. La imagen castellana de las ciudades de Fuenterrabía, Irún y San Sebastián, el recuerdo de esas bárbaras corridas de toros importadas al país por, los Romanos y los Visigodos, se confunden en la memoria del viajero y turban la nitidez de su visión intelectual cuando piensa en el País Vasco. Además, los antiguos Euskarianos (3) no son ya lo que fueron antaño: los rasgos de su carácter nacional se atenúan cada día. La centralización administrativa, que les sujeta de un lado a París, del otro a Madrid, el uso de un idioma pulido en sus relaciones con los extranjeros, y sobre todo los intereses de comercio, han modificado de tal modo la apariencia y costumbres de este pueblo, que al verlo se pregunta uno si esos hombres son completamente distintos de los demás habitantes de Europa por su origen, historia y lengua. Se estaría tentado de no ver en ellos sino aldeanos franceses o españoles que guardaron aún sus usos y sus jergas provinciales; y, no obstante, son los descendientes de una raza misteriosa de la que ninguna otra nación de la tierra puede todavía denominarse hermana.

Cosa asombrosa, en este país de Francia en que los municipios están delimitados con tanto esmero que, para aislar algunas casas o hasta un campo, sencillo, se juzga absolutamente indispensable un acta del gobierno central, no se conoce aún de modo completamente preciso la superficie ocupada por la población puramente vasca. Se sabe, es cierto, que se habla la lengua euskara en las tres regiones de Laburdi, Zuberoa y Benabarre, es decir en los valles de los distritos de Bayona y Mauleón, que riegan la Nivelle, el Nive Bidouze, Saison y sus afluentes; pero cuando se trata de trazar rigurosamente la frontera entre el euskera y el dialecto bearnés

---

(3) Sabido es que los Vascos se dan a sí mismos el nombre de *Escualdunac*, afrancesado en la palabra *Euskariano* (Nota del Autor).

o gascón, faltan informaciones necesarias. Ciertos municipios situados al sur del Adur, entre Bayona y la embocadura del Gave, pertenecen a la vez a las dos regiones etnológicas: los habitantes de algunos villorrios hablan vasco, mientras que en otra parte del ayuntamiento el lenguaje es de origen latino; pero, en vista de la falta de declaraciones estadísticas, es imposible indicar sobre el mapa las sinuosidades de la línea de demarcación. Sólo se puede decir que esta línea, iniciándose sobre los primeros contrafuertes de los Pirineos al sur de Biarritz y de Bayona, cruza el Nive cerca de Villafranca para ganar las colinas de San Pedro de Irube y de Mugerre, y luego se extiende sobre el flanco de las laderas que dominan al valle del Adur. Los Vascos, hablando aún el idioma de sus antecesores, ocupan todos los promontorios, en tanto que las poblaciones de dialecto gascón penetran a lo lejos en los collados: una curva de nivel, semejante a la que se traza en los mapas para marcar la diferencia de las altitudes, indicaría así la frontera entre las dos lenguas.

Del lado del este, el País Vasco, comprendiendo el distrito de Bidache, está primero limitado por el curso inferior de la Bidouze para que la línea de separación siga la cumbre de las alturas entre la villa vasca de Saint Palais y la bearnesa de Salvatierra y descienda al valle. del Sairon, junto a la aldea de Charrite, al norte de Mauleón. Al sudeste se habla todavía el *eskuara* (4) o vasco en los municipios de Barcus y de Esquiule (5), a algunos kilómetros de Olorón, y después la cadena de lomas que separa el valle del Saison del Vert y que se yergue de cima en cima hacia la gran cresta de los Pirineos, es la muralla que durante largos, siglos desde la época galo-romana ha servido de línea de defensa a las poblaciones aborígenes contra la invasión de los dialectos de origen latino. Este baluarte no ha sido franqueado sino por un sólo punto, en la alta cañada de Montory, donde los Bearneses han podido establecerse pasando un puerto muy fácil; pero, de este lugar hasta la frontera española, la arista de las montañas de Santa Engracia, de una elevación media de más de mil metros, domina espaciosa soledades de campos y bosques recorridos solamente por pastores y leñadores. Esta cadena secundaria se une a la grande por el soberbio pico de Anie, pirámide de 2.500 metros de altura, colocado como un mojón en el ángulo del país.

---

(4) Literal y en bastardilla (N. del T.).

(5) Literal (N. del T.).

En España, los límites precisos del idioma euskaro son aún menos conocidos que en el lado de Francia, y no corresponden a circunscripciones geográficas. El antiguo reino de Navarra y las tres regiones de Alava, Guipúzcoa y Bilbao (6), son indicadas en general como dominio de los Euskaros que hablan siempre el idioma de sus padres; pero gran parte de este espacio se ve desde hace mucho tiempo invadido por la influencia latina y las poblaciones se sirven de un castellano mezclado con algunos términos locales. El dominio de la lengua vasca comienza al oeste entre la pequeña villa de Portugaleta, situada a orillas del golfo de Gascuña, y la capital de Vizcaya, Bilbao, donde, no obstante, el español (7) se convierte poco a poco en idioma preponderante para penetrar al sur en los valles que descienden de la cordillera de los Pirineos cantábricos. Sobre la vertiente meridional de estos montes, la frontera de los idiomas se curva en una línea de nivel semejante a la que en la Vizcaya francesa (8) se extiende a lo largo de la llanura del Adur, y deja fuera de sí a todos los pueblos de Alava que se hallan en el valle del Ebro, Vitoria, Nanclares, Miranda. Más allá del macizo de las alturas de Salvatierra, el valle en que se ha construído el ferrocarril de Alsasua a Pamplona pertenece todavía al País Vasco; pero la ciudad de Pamplona misma no es euskara sino por los recuerdos históricos, y más al este los habitantes de Monreal y de Lumbier no conocen ya el antiguo idioma ibérico; se le habla solamente en los altos valles de Roncesvalles, Orbaiceta, Ochagavía, Roncal, y de este lado el pico de Anie continúa siendo el punto extremo más allá del cual no suena ya la voz de los hijos de Aitor. Así, de cuatro regiones hay dos, Navarra y Alava, en que la mayor mitad pertenece al dominio del idioma castellano. Para darse cuenta de este fenómeno, tan considerable en la historia de la humanidad, de la desaparición gradual de un idioma ante un dialecto vencedor, sería de la mayor importancia trazar actualmente el límite cierto del euskera; pero nadie piensa en emprender esta labor. Sería digno de una sociedad sabia emprender esta delimitación estadística que fijaría muchos puntos oscuros evitando para el porvenir discusiones ociosas derivadas de la falta de informaciones exactas.

Cuando el viajero asciende a una de las altas cumbres de los

---

(6) Debe decir Vizcaya (N. del T.).

(7) Debe decir castellano (N. del T.).

(8) Denominación anticuada. Debe decir Vasconia o País Vasco (N. del T.).

Pirineos occidentales, como el Aya, cerca de Irún, el Atchiola (5), no lejos de Elizondo, o el monte Aphanice (5), al este de San Juan Pie de Puerto, tiene bajo la vista la mayor parte del territorio ocupado por los Vascos de nuestros días, y hasta la lejanía ve extenderse planicies y erguirse alturas que no pertenecen ya a la patria euskara. La superficie deslumbradora del golfo de Vizcaya cubre un rincón del cuadro, y contrasta por su grandiosa uniformidad con los audaces promontorios de la costa española. Al norte, las orillas de Francia se curvan en un gracioso semicírculo y sus dunas blanquecinas se confunden con las rompientes en vapores del espacio lejano. Villas y villorrios que se perciben a través cortinas de álamos, asoman en los prados; aquí y allá, reflejos de luz indican la sinuosidad de un río o de un arroyo, y sobre las cuevas más cercanas brillan las sábanas de las cascadas. En torno a la punta desde la cual se contempla el gran horizonte, se ve alzarse en círculo una multitud de otros macizos en que sólo la mirada del hombre habituado a las montañas puede reconocer una disposición regular en cordillera maestra y cadenas transversales. Al oeste, largos promontorios destacados de la arista principal inclinan sus lomos hasta el mar: entre sus baluartes paralelos, los primeros, verdes de pastizales, los otros, revestidos de un velo de vapores azulados por la distancia, ocultan los collados de Guipúzcoa y de Vizcaya; del lado de Navarra, un anfiteatro de cimas rodea las fértiles campiñas que fueron otrora república federal de las cinco villas libres del Baztán; y, finalmente, al este, se percibe sobre las alturas de los Alduides, rojas de helechos, los flancos de Roncesvalles y de Irati, cubiertos de bosques, y el gran pico nevado y radiante de Anie, que desde hace veinte siglos señala con su masa piramidal la frontera del país de los Euskaros.

Lo que llama la atención en este pequeño territorio, tan angosto para toda una raza de hombres, es lo risueño de los valles y de las montañas. La vertiente septentrional de los Pirineos Vascos encanta sobre todo por la verdura de sus planicies y los contornos suavizados de sus cumbres. Los distritos situados en España tienen, es cierto, muchos escarpamientos abruptos y llanos desnudos; pero, comparados a otras regiones españolas de formidable aspecto de desnudez, son casi tipos de belleza campesina: hay hasta un número de collados, especialmente al lado oriental, que no han sido aún despojados de su arbolado, y sabido es si el aderezo de los bosques es cosa común al sur de los Pirineos. Como en todo país montuoso, paredones rocosos, grandes bloques aislados se yerguen sobre la

vertiente de los montes; pero la mayoría de las alturas esconden su esqueleto de calcárea o arenisca bajo una capa de tierra roja o negruzca que se cubre de arbustos, retama o helechos. Las pendientes son suaves; los puertos o cuellos abiertos entre montes, son anchos y de fácil acceso; no se ven esos desfiladeros salvajes, esos senderos ásperos que la imaginación se figura en todas las comarcas montaraces. El paso de Roncesvalles, que bajo la fe de las leyendas se representa desde luego como terrible garganta entre rocas a pico, es por el contrario una cañada sinuosa y tranquila; el célebre monte de Altabiscar, que se eleva al este, es un largo espinazo donde las flores rosas de los helechos se mezclan al amarillo dorado de la retama y de los arbustos. Un viejo convento rodeado de muros almenados y flanqueado de algunas habitaciones cierra ancha carretera que acude de Pamplona y, más allá, del lado de Francia, un sendero encantador, semejante a la avenida de un parque, se desliza a la sombra de hayas y asciende en suave pendiente a una eminencia tapizada de césped en que se halla el Roncesvalles de siniestra (9) memoria. No se ve una sola roca de donde los Vascos hubieran podido hacer rodar bloques de piedra sobre los invasores francos; se busca en vano con la vista el precipicio al fondo del cual Rolando hizo resonar por vez postrera su cuerno de marfil. La victoria de los montañeses euskaros (10) sobre los ejércitos de Carlomagno se debe a su valentía, a la fuerza de sus brazos, y no a la aspereza de las gargantas de Altabiscar.

Precisamente por causa de esta facilidad de comunicaciones entre las dos vertientes, las poblaciones euskaras de los Pirineos del oeste pudieron mantener su integridad nacional. En otras partes de los montes, los Iberos, separados los unos de los otros por crestas nevadas difíciles de franquear, eran rechazados por sus enemigos a estrechos valles laterales, sin que pudieran ayudarse entre sí en caso de peligro común. Los Vascos del occidente poseían, por el contrario, el privilegio de habitar un país que ofrecía a la vez serios obstáculos a la invasión extranjera y pasajes fáciles sobre las alturas. Los grupos esparcidos en los valles pirenaicos del norte y del mediodía podían así formarse en masa sólida rodeados de las naciones circundantes y conservar su idioma y sus costumbres cuando en

---

(9) ¿? . . . . . (N. del T.).

(10) Nos hemos permitido escribir euskaros donde decía ibéricos (N. del T.).

torno suyo los pueblos más diversos en origen entraban de buen grado o por fuerza en el mundo latino.

Una estadística moral de las poblaciones euskaras sería muy difícil de establecer por causa de la diversidad de juicios que no dejarían de atraer bajo este punto de vista a los antropólogos según la diferencia de sus opiniones políticas o religiosas; pero siendo cuestión de observación directa el estudio de los caracteres físicos, algunos sabios concienzudos podrían recorrer el País Vasco para resolver en poco tiempo por lo menos esta parte del problema. Recientemente, M. Broca ha inaugurado brillantemente esta obra de investigaciones metódicas y precisas (11).

.....

Comparando los resultados obtenidos, no solamente en el litoral, sino también en la llanura y en los valles entre montañas, así en Francia como en las provincias españolas, se descubrirían las diferencias esenciales o locales que pueden existir entre las poblaciones vascas, unas por el lenguaje y quizás diversas por el origen. Si algunos de esos viajeros que cada año pasan meses enteros paseándose por las gargantas y sobre los puertos de los Pirineos se ocuparan metódicamente de medir la talla, forma de cráneos y de caras, de notar el color de los ojos y del cabello, resolverían con ello hasta importantes problemas etnológicos y evitarían discusiones inútiles a los sabios y al público.

## II

No son los caracteres físicos de los Vascos, es su lengua la que ha revelado al mundo su singular originalidad como pueblo y su aislamiento entre las razas. En el siglo último no se veía en los dialectos hablados al pie de los Pirineos occidentales sino dialectos célticos análogos a los de la Baja Bretaña. *L'Encyclopedie* (4) misma reproduce este grosero error; pero, desde hace medio siglo, Guillermo de Humboldt señaló como verdaderamente único en el mundo este maravilloso idioma *eskuara* (4), esta lengua por excelencia que se distingue de todas las de la Europa occidental por la estructura de las palabras, el mecanismo de sus frases y las múltiples

---

(11) El autor se ocupa a lo largo de página y media de las investigaciones craneanas de Broca (N. del T.).

conjugaciones de sus verbos, en que cada modificación imaginable tiene su forma gramatical provista.

La memoria de Humboldt acerca de la lengua vasca, insertada en 1817 en el *Mithridate* (4) de Adelung, y las *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne* (4), de las que M. A. Marrast acaba de darnos una buena traducción, deseada desde hace mucho tiempo, han sido el punto de partida de los trabajos emprendidos en Alemania, Francia, y en el País Vasco mismo sobre el estudio comparado del antiguo idioma de los Iberos. Actualmente se podría ya llenar una biblioteca con todos los escritos consagrados a esta lengua antes tan despreciada y considerada como jerga bárbara indigna de ocupar los instantes de doctos personajes instruidos en la médula de los autores griegos y latinos. Es cierto que, por su parte, los patriotas vascos declaraban que su idioma era superior a los demás; según ellos, fué en euskera como el primer hombre saludó a la luz al nacer a la vida; la ortodoxia local hasta erigió en artículo de fe (9) que Dios hablaba euskera al pasearse con Adán y Eva en el paraíso terrenal, y hubiera sido mal recibido el extranjero que se permitiera emitir una duda acerca de este hecho primitivo de la historia humana (9). Recientemente aún, Agustín Chaho, el último y valiente campeón de las glorias euskaras, atribuía la perfección ideal al idioma de su patria, que si no era ya la lengua de los dioses, era por lo menos la de los cuerdos y la de los videntes (12).

En lo sucesivo la ciencia no tiene ya que discutir la cuestión de saber si el euskera es un lenguaje divino, superior en dignidad a los de los demás pueblos de la tierra nacidos lejos de los Pirineos; pero lo que importa conocer son las relaciones de filiación o simplemente de parentesco que pudieran existir entre el euskera y otros idiomas. Entre las ochocientas lenguas habladas en las diversas partes del mundo, ¿existe una o varias que se parezcan a la vez

---

(12) Si se fuera a tomar en cuenta el sentido jocosos e irónico, aunque ciertamente fino y delicado, que revelan las frases del ilustre Reclus cuando atribuye a los patriotas aquel artículo de fe por el cual se hablaba euskera en el paraíso, tendríase que citar también a extranjeros colocados precisamente en plano diametralmente opuesto a aquellos. ¿No acabamos de leer que para Reclus es Humboldt el descubridor de nuestro maravilloso idioma, etc., desconociendo sobre todo al insigne Larramendi? Si es cierto que Chaho se equivocó al declarar que Zumalacarregui era el último euskero, no sufrió menor error Reclus al creer hace sesenta años que Chaho era el último vasco. ¡Porque el pueblo euskaldun está aún en pie afrontando la borrasca!..... (N. del T.).



por las palabras o por el genio a los diferentes dialectos ibéricos, o es el vasco en su primitiva pureza un idioma completamente independiente de los demás, siendo en consecuencia el pueblo que lo habla distinto por su origen a todas las naciones de la tierra, vecinas o lejanas? Los Iberos, que quedaron sin hermanos en los continentes, ¿serían restos de una antigua humanidad sitiada por todas partes como una isla roída por las olas, por las mareas invasoras de una humanidad más moderna? Tal es el problema que tienen que resolver las investigaciones de los lingüistas.

Primeramente, y a pesar de semejanzas singulares entre algunas raíces, las lenguas indo-germánicas tienen que ser descartadas de la comparación con el euskera, porque son lenguas a flexión respondiendo a un período del espíritu humano muy diferente del en que se formaron los idiomas «aglutinantes» o «aglomerantes» (13), como el euskera. Por la sintáxis, los dialectos vizcaínos (5) no tienen ninguna relación con el español y el francés, ni aún con todos los lenguajes provenientes del tronco ario. Es cierto que gran parte de palabras se encuentran a la vez en el vasco y en, el latín; pero esas palabras son prestaciones hechas antaño por los antecesores de los Romanos al idioma de los Iberos, entonces hablado en la mayor parte de las costas del Mediterráneo occidental, o bien son adquisiciones modernas con las que los aborígenes de las dos vertientes pirenaicas tuvieron que enriquecer su palabra para expresar todo lo que en política, agricultura, industria, comercio, administración, difiere de su antiguo estado social. No obstante, el mismo fondo del euskera no ha cambiado nada por esas palabras extrañas. En su gran diccionario, interrumpido por la muerte, Chaho quiso separar todos esos términos de origen latino o romano y reservar el lugar de honor a las solas raíces inspiradas por el genio nacional.

Por las lenguas análogas en formación de palabras es donde únicamente hay que buscar en el euskera elementos, de comparación: tales son los idiomas del Ural, del Atlas y del norte de América. De todos modos, en apreciaciones de esta naturaleza, no hay que aventurarse sino con la mayor reserva, porque, como decía Guillermo de Humboldt, «las lenguas, siendo un mismo fondo de ideas expresado por los mismos sonidos, sus puntos de contacto parecen siempre numerosos, y se está siempre demasiado dispuesto a ver en ellas pruebas de parentesco» (13). En efecto, todas las semejanzas

---

(13) Entre comillas (N. del T.).

que M. de Charencey y otros eruditos han señalado entre el vasco y las lenguas uralianas, vogula, mordvina, ostiaka, son de las que deben producirse naturalmente entre dos idiomas llegados al mismo grado de evolución: como las lenguas se dividen en tres grandes familias que responden cada una a cierto desenvolvimiento de la manera de pensar en los mismos pueblos, es evidente que los diversos retoños de cada una de esas familias tendrán numerosas analogías en su mecanismo durante los períodos correspondientes a su duración. Las lenguas monosilábicas, como el chino, pueden asemejarse por algunas radicales; las lenguas aglomerantes, como el vasco, deben emplear amenudo los mismos procedimientos por la juxtaposición de palabras y de partículas; en fin, los idiomas a flexión llegados a su forma más perfecta, ofrecen igualmente muchas analogías en su evolución final: es así como los diversos fenómenos del crecimiento, expansión y fructificación muestran a veces tan asombrosa similitud en plantas de especies completamente distintas.

Si los dialectos del Ural y el euskera de los Pirineos ofrecen algunos rasgos paralelos en su estructura gramatical, no hay que asombrarse y concluir en seguida que los idiomas provienen del mismo tronco. Además, esas analogías, recogidas con el mayor cuidado, no son numerosas, y se citan apenas dos o tres raíces comunes entre los dos grupos de lenguas. Como revancha, abundan las desemejanzas y hasta los contrastes. También el mismo M. de Charencey, a quien estudios precedentes dirigieron a buscar un origen común entre el vasco y los idiomas de los Ostiakos y de los Samoyedos, reconoce, con franqueza y sencillez bien raras en los sabios, que su primer sistema no descansaba sobre base suficiente: confiesa que dos pueblos sin comunicación el uno con el otro pueden hallarse, de acuerdo sobre reglas esenciales, y que sería más que temerario aceptar por ello el parentesco de sus lenguas.

En cuanto a las analogías constatadas entre el euskera y varios idiomas de la América del Norte, ¿son bastante numerosas y bastante precisas para autorizar la hipótesis de un tronco común entre estas lenguas? Si fuera así, se brindaría buena ocasión para inferir que los Vascos y los Chipewayos son hermanos de sangre; en el pasado de las edades, se vería a esos dos pueblos viviendo apaciblemente el uno al lado del otro en la Atlántida de los antiguos días, esa maravillosa tierra de los cuerdos que descubrió Platón y que la sagacidad de los geólogos modernos ha encontrado en medio

del mar. En la teoría que hace descender a todos los hombres de una sola pareja, no habría más que explicar cómo los Asiáticos o los Europeos pudieron llegar al Nuevo Mundo y multiplicarse en tan numerosas poblaciones; los mismos continentes, semejantes a navíos que se abordan en alta mar para alejarse después el uno del otro, se habrían desplazado sobre la redondez del globo facilitando el poder poblar todas las riberas y separado después en razas distintas las diversas fracciones de la humanidad. Guillermo de Humboldt había ya señalado las relaciones del vasco con ciertas lenguas americanas; pero agrega «que en su opinión estas semejanzas no tienen alcance alguno» y «sirven para indicar el grado de desarrollo de los diversos idiomas, antes bien que su parentesco» (13). El carácter lingüístico sobre el cual insisten más los partidarios de la comunidad de origen entre el vasco y los dialectos algonquinos, es que en los dos grupos las palabras compuestas se forman amenudo a expensas de las mismas raíces. Así, para limitarnos al ejemplo más frecuentemente citado, la palabra *pilape* (4), que significa *hombre joven* (4) en la lengua de los Delawareos, es contracción de las dos palabras *pilssitt* (4), casto, y *lenape* (4), hombre. Estas violentas uniones de términos tienen por resultado mutilar y hasta hacer desaparecer las raíces de las palabras componentes; pero, ¿quién no ve en este procedimiento brutal la consecuencia natural de la necesidad que se sintió de abreviar con exceso las expresiones alargadas por la juxtaposición de varias palabras? Cuando miembros enteros de frase se hallan unidos en un sólo término, lo cual se presenta en algunas lenguas americanas, no es asombroso que por una necesidad de eufonía se lleguen a suprimir varias sílabas; las eliminaciones convierten a la palabra en más libre y más rápida. Ese es un procedimiento natural que se explica más o menos en todos los idiomas; nuestras lenguas a flexión, sobre todo el inglés, tan notable por su tendencia a acortar las palabras, ofrecen algunos ejemplos; el vasco presenta muchos más por causa de su poder de aglomeración; en fin, los dialectos de los Pieles Rojas, en que toda una frase se reduce a una sola palabra, poseen en el más alto grado la facultad de contraer las raíces y de aplastarlas, por decirlo así, en un molde común.

No parecen haber sido más felices los eruditos al buscar las afinidades del vasco en el Nuevo Mundo que al intentar hallarlas por las extremidades de la tierra en los bordes del Océano Glacial. Así es que la lengua euskara permanece aislada en medio de las

demás, por lo menos hasta que investigaciones ciertas hayan establecido lo contrario; y, por consiguiente, ningún sabio podría arriesgarse sin temeridad a decir dónde nació la raza euskara y qué migraciones llevó a cabo sobre los continentes. De todas maneras, si no se ha conseguido aún encontrar en los límites del mundo los orígenes del vasco, se descubre este idioma en estado fósil, por decirlo así, por las comarcas que rodean a la cuenca del Mediterráneo occidental. Faltan monumentos escritos para contar cómo pueblos hermanos de raza ocupaban esas regiones tan bien dispuestas para no ser sino un sólo dominio geográfico; pero en lugar de relatos, de leyendas o de himnos, quedan todavía nombres de montañas, de ríos y de ciudades, que proclaman tras miles de años la potencia de los antiguos aborígenes. Al este del país en que se encuentran hoy las últimas poblaciones vascas, en los valles pirenaicos del Baztán (14), Aran, Andorra, abundan los nombres euskaros. Sucede lo mismo en las llanuras que se extienden al norte de los montes hasta las cercanías del Garona; y la villa de Auch, la antigua Iliberri (villa nueva) (15) recuerda aún por su nombre actual la residencia de los Auskes o Euskarianos (5). Al sur de los Pirineos, los Iberos estaban extendidos en casi todas las partes de la península hasta en Bética y en Lusitania; los Celtas no ocupaban territorio en tribus compactas sino en pequeño número de distritos, pero en la mayoría de los lugares tuvieron que mezclarse con los aborígenes; de ahí su nombre de Celtíberos. Por una crítica de las más sagaces, Guillermo de Humboldt ha sabido encontrar en los nombres de lugares de España las pruebas de identidad perfecta entre los Iberos y los Vascos, y hasta en nuestros días sería difícil agregar nada a su demostración. Más allá de las columnas de Hércules, tribus euskaras debieron ocupar también las pendientes del Atlas, pues los autores antiguos citan multitud de localidades cuyos nombres son de puro euskera; una de las poblaciones ennumeradas por Estrabón hasta lleva la designación completamente vasca de *Muturgorri* (4) (Caras-Rojas) (13), que los hombres de la tribu debían sin duda a sus caras bronceadas por el sol. En fin, los testimonios de los geógrafos romanos están de acuerdo para declarar que los Iberos colonizaron las tres grandes islas del Mediterráneo, y las naciones ligurias que habitaban las costas de Italia pertenecían al mismo tronco. Las laderas del antiguo volcán ocupado otrora por Albe la Longue (5) parecen

---

(14) El Baztán está aún hoy constituido por población euskaldun; no así Arán y Andorra (N. del T.).

haber sido pobladas por Vascos. En las puertas de Roma es donde se entabla entre las dos lenguas esta lucha que se prolonga desde hace treinta siglos y que no puede menos de terminar en próximo porvenir con la victoria definitiva de las lenguas derivadas del latín. Después de haber retrocedido gradualmente ante los invasores, los Vascos, encerrados en lo sucesivo en su angosto horizonte de colinas y montañas, no podrían ya, a no ser por un milagro, contar con larga duración para el idioma de sus abuelos.

Parece sin embargo que los límites actuales del idioma euskaro no se han modificado desde la época romana, por lo menos en el lado de Francia. La influencia preponderante que una lengua pulida poseyendo sus poetas, sus oradores, sus filósofos, debía ejercer sobre dialectos desprovistos de toda literatura, ha contribuído ciertamente en gran parte a hacer desaparecer el vasco en casi todas las provincias de los Pirineos y de la Iberia conquistadas por los generales romanos; pero la violencia hizo tal vez mucho más. Los asesinatos de poblaciones enteras, los raptos de miles y millares de cautivos destinados a los juegos de los circos, los transportes en masa de tribus a las cuales se asignaban nuevos territorios, la larga y sabia presión administrativa a que los procónsules sometieron a los pueblos vencidos, más cuatro o cinco siglos de servidumbre, terminaron por privar a los aborígenes hasta del uso de su lengua. El vasco cesó de ser hablado en los llanos situados al pie de los Pirineos y hasta en los valles más apartados de la alta cordillera; se mantuvo al oeste de la villa de Olorón y del pico de Anie, es decir que desde esa época, ya muy alejada de nosotros, se encontró apretado como hoy en su estrecho dominio a orillas del golfo de Vizcaya. Los primeros documentos escritos de la Edad Media muestran en efecto que no se hablaba ya el euskera en el valle de Andorra ni en las confederaciones republicanas de los Pirineos centrales, ni en los bordes de los ríos de Aspe y Olorón. El límite de separación entre los dialectos románicos y los dialectos vascos pasaba exactamente por los sitios por donde pasa en nuestros días. Las localidades de la planicie del Adur y del Gave, donde durante los primeros siglos de la Edad Media se hablaba un dialecto derivado de la lengua de los conquistadores romanos, son actualmente las vanguardias de los Bearneses, en tanto que las pueblas construídas sobre las alturas vecinas continúan siendo habitadas por campesinos que hablan la vieja lengua euskara. En las mismas fronteras del País Vasco, el pueblo de Bayona no comprende el antiguo idioma,

por lo menos desde hace doce siglos, y la aldea de Biarritz, a pesar de su nombre, se encuentra igualmente desde la misma época fuera de las fronteras del euskera. Desde tiempo inmemorial no ha cambiado de lugar el límite que pasaba entre Biarritz y Bidart, y M. Balesque, el modesto sabio que mejor conoce la historia local, no se afirmaba que en el período de la última generación el dialecto gascón no ha arrebatado una sola casa a la lengua rival. Del otro lado de los Pirineos, el español, según dicen, ha aplastado muy rápidamente al vasco, y la frontera de las lenguas, que se replega hoy al norte de Pamplona (en vasco *Irun* (4) o villa buena) (15), se hallaría hace cuarenta años al sur de Tafalla y de Olite; el euskera navarro habría retrocedido cincuenta kilómetros hacia el norte durante los últimos cuarenta años. Esas afirmaciones se basan sin duda en algún error, porque Francisco Michel, que las presenta, nos hace saber al mismo tiempo que los dialectos románicos son por lo menos desde el siglo XIV, y probablemente desde la época romana, el habla de la mayoría de los Navarros. En España, el movimiento comercial, los viajes y la emigración tienen menos importancia que en Francia; además, las costumbres antiguas y las instituciones provinciales han sido menos quebrantadas; es prudente, pues, esperar a pruebas positivas antes de admitir bajo la palabra de algunos autores la realidad de este prodigioso retroceso de la lengua vasca desde principios de siglo.

Es fácil comprender por qué los dialectos de origen latino, español, francés, bearnés, no usurparon en el territorio euskaro después del período romano. Durante la Edad Media la antigua sociedad, anteriormente tan poderosamente centralizada en la gran Roma, se hallaba reducida a fragmentos; cada grupo feudal o popular se había aislado de los demás; cada cual poseía una lengua o un dialecto que no sufría la presión, de ningún idioma vecino; en fin, como consecuencia de la inseguridad en los caminos y de la ignorancia universal, las relaciones eran raras entre las poblaciones limítrofes. Las usurpaciones y los retrocesos de las lenguas en la frontera de dos pueblos no podían producirse entonces sino por un movimiento de emigración en un sentido o en otro. Es así como en los primeros siglos de la Edad Media las grandes invasiones de los Tudescos germanizaron casi todo el valle del Adigio; pero, más tarde, por una migración inversa que continúa en nuestros días, los aldeanos

---

(15) Entre paréntesis (N. del T.).

italianos volvieron a remontar paso a paso las orillas del río, echaron a los Alemanes de las campiñas de Verona y de Vicencia, invadieron la mayoría de los altos valles y, tras sus olas que se juntan, los distritos alemanes conocidos bajo el nombre de los *siete* (4) y de los *trece* (4) distritos quedaron como dos islas incesantemente aminoradas por las erosiones de un mar. Entre Bearne y los valles de los Vascos, no se ha realizado semejante fenómeno de flujo y reflujo: los Euskaros, libres en su casa, propietarios, de la tierra, organizados en república federal, no tenían por qué temer invasión y respetaban ellos mismos la propiedad y la tranquilidad de sus vecinos más débiles. Solamente en tiempos modernos se ha encontrado su idioma, de nuevo amenazado en su existencia. Centralización administrativa y política, industria, comercio, movimiento social, todo, hasta el progreso de la educación, se une a la vez contra ellos para sofocar su noble idioma.

De todos modos no es por la violencia como el francés y el español se substituyen al vasco; conquistan el país, pero sin anexionarse sucesivamente a su dominio las aldeas más cercanas a las fronteras; apenas se apoderan aquí y allá de algunas granjas que por vía de compra pasan a sus manos. En torno del euskera, como alrededor de todos los dialectos hablados en Francia, el límite ideal permanece. el mismo, y, no obstante, la lengua perece. Modificada por un fenómeno constante de intususcepción, se mezcla con palabras de origen extraño contrarias a su genio, pierde sus giros elegantes y busca a acomodarse más y más al espíritu de los extranjeros que acuden a establecerse en el país; pierde sin cesar su originalidad y se transforma gradualmente en jerga. Cada carretera que penetra en el territorio vasco hace al mismo tiempo un agujero en el mismo idioma. Siendo agentes para la mezcla de los pueblos, al mismo tiempo que medios de transporte para las mercancías, los ferrocarriles de Bayona a Vitoria, de Bilbao a Miranda, de Alsasua a Pamplona, ejercen la influencia más fatal para la pureza del idioma, y próximamente las locomotoras de la vía de los Alduides, pasando por los valles más apartados del País Vasco, serán para el euskera máquinas de destrucción mucho más terribles todavía. Pronto o tarde las regiones euskaras de las dos vertientes, completamente cruzadas en todos sentidos por vías de comunicación, pertenecerán a los extranjeros tanto como a los mismos indígenas, y éstos, obligados a conocer dos lenguas a la vez, acabarán por abandonar la que les sea menos útil.

Aunque los patriotas vascos tengan naturalmente motivo para quejarse de la inexorable necesidad de las cosas, es cierto que además cada progreso será fatal para el mantenimiento de los dialectos euskéricos que se hablan en los dos lados de los Pirineos. Lo que protege actualmente con más eficacia al vasco contra las invasiones del francés y del castellano (5), es la ignorancia en la cual permanecen aún las poblaciones. Los habitantes de algunas altas cañadas de los montes no tienen ninguna inquietud por el mundo exterior, y los acontecimientos contemporáneos no reciben sino débil eco en sus moradas. No leen periódicos; no abren libros, si no es a veces alguna recopilación de oraciones o un almanaque comprado en una feria. Gran número de niños no van a la escuela primaria, y el maestro que les enseña francés o español se ve obligado a servirse de un dialecto euskérico más o menos mezclado. Se imaginará fácilmente cual es el estado de la instrucción pública en un país en que los padres afligidos por tener un hijo perezoso o sin inteligencia e incapaz de llegar a ser un valiente labrador, se consuelan con el dictado que se ha convertido en proverbial (9): «¡haremos de él un cura o un maestro de escuela!» (13) (9). Felizmente los conocimientos no pueden tardar en generalizarse entre esas poblaciones de espíritu naturalmente tan vivo y tan expansivo. En este siglo de prodigiosa actividad, en que «la batalla de la vida» (13) condena a la ruina a todos los que se quedan detrás, los Vascos aprenderán ellos también, a marchar con paso cada vez más rápido, pero ello será al precio de su nacionalidad y de su misma lengua. De su magnífico idioma, clasificado entre las cosas del pasado, no quedarán más que léxicos, gramáticas, algunas pastorales, malas tragedias modernas y cantos de discutida antigüedad.

### III

Como para apresurar la próxima desaparición del grupo diferenciada que aún constituye su raza en la humanidad, los Vascos emigran en gran número dejando tras sí plazas vacías que desde entonces los Bearneses, Franceses y Españoles vienen a ocupar en parte. Abandonan los helechos amados de su país natal y se van lejos a buscar la comodidad que el cultivo de la tierra les proporcionaría únicamente después de muchos años de labor. Los que entre ellos habitan los altos valles parcialmente cubiertos de nieve



durante el invierno, descienden por centenares antes de la estación fría y van a ejercer temporalmente alguna industria lucrativa en las villas de la planicie; otros, llevados por el amor a las aventuras, que constituye en ellos un instinto de raza y que hizo de sus antepasados tan audaces pescadores de ballenas, se alejan sin deseo de regreso próximo y, muy diferentes a la gran masa de tímidos aldeanos franceses, no temen ir a establecerse en otro hemisferio; en fin, la temida conscripción militar decide con bastante frecuencia al joven montañés a abandonar el suelo de la patria. Los Vascos están clasificados entre los mejores soldados del ejército a causa del vigor de su jarrete, de su sobriedad, de su buena conducta, de su valor; pero a esas cualidades militares no se une el amor a la profesión. Celoso con razón sobrada de su libertad personal, el descendiente de los nobles Iberos se estremece ante el pensamiento de no pertenecerse a sí mismo durante largos años y de pasar de cuartel en cuartel; por eso son siempre muy numerosos los refractarios entre los Vascos llegados a la edad de la conscripción. Las cifras oficiales atestiguan altamente de esta aversión del Euskaro hacia el régimen militar, porque de todos los franceses sumisos sólo el departamento de los Bajos Pirineos contó a veces los dos quintos o la mitad. Los jóvenes dejan Francia por evitar la servidumbre y con su ejemplo animan a sus compañeros a imitarles. Entre el número de los motivos que activan la emigración hay que contar también la pérdida de la autonomía política y municipal, de las que gozaban aún recientemente las aldeas confederadas de los altos valles. Tal es quizás la razón por la cual los destierros voluntarios son muchos más frecuentes entre los Vascos franceses que entre los de la otra vertiente pirenaica. Los habitantes de las regiones vascas de España, guardando todavía sus *fueros* (4), no han cesado de ser un estado en el estado; tienen una sombra de existencia nacional y, por consiguiente, les queda más en el corazón el amor a la tierra que a sus hermanos de Laburdi y Zuberoa.

Los nombres euskaros que llevan tantas familias del Bearne, Elisabide, Elisagaray, Elisalde, Detchebarne, Etcheco, Daguerre, son una prueba de esta emigración continua que despobla los valles pirenaicos en beneficio de los llanos vecinos. En nuestros días, el éxodo del pueblo ibero se dirige principalmente hacia las grandes ciudades de la Aquitania para mezclarse con las poblaciones gasconas. En Burdeos, capital natural de todo el sudoeste de Francia, miles de Vascos trabajan como estibadores, mozos de cordel, arte-

sanos, empleados de comercio. Cierta número de Vascas ingresan también como sirvientes en las familias, y desgraciadamente varias de ellas, más cortejadas que otras por causa de su belleza y amenudo solicitadas por la miseria, pagan tristemente de sobra el rescate de su vida de desterradas. La estadística bordelesa resume en algunas cifras brutales la existencia vergonzosa reservada a esas pobres muchachas salidas de su aldea natal con el corazón henchido de esperanza y alegría.

Fuera de Francia es casi únicamente en las repúblicas del Plata donde los Vascos se dirigen a buscar fortuna. En Buenos Aires, en Montevideo y en los pueblos del interior situados en las márgenes del Uruguay y Paraná, se dedican al cargamento de navíos, jardinería, fabricación de tejas, vigilancia de las *estancias* (4), servicio de mataderos de ganados, salazón de pieles y cuantos trabajos exigen habilidad, fuerza y perseverancia. Llamados por parientes y amigos que les encuentran inmediatamente ocupación, se ponen a la obra y desde el primer día enriquecen el país. Por su amor al trabajo y a la paz, por su sobriedad e inteligencia, aportan poderosos elementos de prosperidad al país en que se establecen y forman tronco de excelentes ciudadanos; pero un pequeño número se ocupa de agricultura propiamente dicha; en todas las colonias fundadas recientemente en el interior del país, los Vascos se hallan en muy débil minoría, o no tienen un sólo representante de su raza. El descendiente de los Iberos ama su libertad, y en esas regiones de vastas llanuras y horizontes sin fin le es fácil desplazarse a merced de sus intereses o de su capricho. Por lo demás, los Vascos, siendo casi todos completamente desinteresados en las luchas intestinas y movimientos políticos de las poblaciones del Plata, encuentran con frecuencia medio de no padecer de ellos. Cuando les parece peligroso residir en Buenos Aires y sus alrededores, o bien cuando el comercio amengua, cruzan el estuario para alcanzar Montevideo, y, después, cuando esta última capital se ve entregada a su vez a alguna disensión interior o amenaza extranjera, realizan nueva travesía para regresar a Buenos Aires. Obedeciendo al llamamiento del tráfico, muchos de ellos se dirigen también hacia las pequeñas villas de los bordes del Uruguay y del Paraná. Así es como durante el período de prosperidad comercial que la independencia dió a las provincias del interior, Rosario, Gualaguay, Gualaguaychu vieron afluir a sus calles, otrora desiertas, millares de Vascos españoles y franceses que volvieron a comenzar su odisea en cuanto el monopolio de las

importaciones fué reconquistado por Buenos Aires. El error probable de las estadísticas relativas al número total de esos desterrados voluntarios de Europa, debe ser atribuído a esta migración continua de los Vascos a las provincias del Plata. Según documentos oficiales, los Franceses y Españoles que residían en 1864 en la República Argentina serían unos 25.000; pero los Euskaros por sí solos sobrepasaban sin duda alguna la cifra indicada (16).

Siendo la gran ambición de los Vascos enriquecerse, es natural que alienten el deseo de entrar algún día como personajes en la patria que dejaron antaño como pobres aldeanos. Ese es un voto que se lleva a cabo solamente por un pequeño número de emigrados; varios sucumben sin poder aclimatarse bajo el cielo de Buenos Aires, no obstante tan suave, y los que sobreviven están casi contenidos en su nueva patria por las inquietudes del trabajo y de la familia. Los raros elegidos de la fortuna, bastante dichosos para regresar a Europa, se apresuran a adquirir alguna casa de campaña rodeada de bosque o bien se hacen edificar sobre una colina un pequeño palacio de recreo desde donde pueden ver a su gusto la aldea natal. Hasta en los valles de más difícil acceso se encuentran casas de esas pertenecientes a «Americanos» (13), antiguos colonos del Plata.

El número de Vascos franceses y españoles que se expatrian puede ser calculado en cerca de dos mil por año. Demasiado poco numerosos para crear otra Vizcaya en el Nuevo Mundo o hasta para conservar su idioma en medio de esas poblaciones de origen diverso que adoptan todas el español como lengua común, los Euskaros del Plata se pierden por completo en lo sucesivo para el nombre y nacionalidad vascos. Más que los demás inmigrantes, Suizos, Alemanes, Ingleses o Americanos de Norte, conservan su fraternidad de raza y de lengua; los días de fiesta no dejan nunca de reunirse en masa para jugar a la pelota y cantar himnos de la patria; pero, a pesar de su espíritu de núcleo, no dejan de acabar por llegar a ser Hispano-Americanos y sus familias ingresan por entrocamientos en esa joven raza del nuevo continente donde se hallan representados la mayoría de los habitantes de la tierra desde los negros hasta los Guaranís. Y los Vascos de Montevideo, no solamente no se mantendrán en grupo diferenciado sobre las orillas

---

(16) M. Martin de Moussy, el escritor más competente en la materia, cree que los Vascos del Plata cuentan con sus hijos más de 50,000 (Nota del Autor).

del Plata, sino que por el hecho mismo de la emigración; el resto de nacionalidad que dejan tras ellos está expuesto casi sin defensa a las invasiones de las sociedades vecinas. En efecto, en el País Vasco como en Irlanda y en la Alemania del Norte, la mayoría de los que se marchan al otro lado de los mares se compone de hombres sanos de cuerpo y de inteligencia, en el vigor de la edad y de la voluntad; son la verdadera selección de la nación, dejando con su ausencia relativamente disminuído el valor de la población fija. El grueso de los habitantes permanecido en los pueblos consiste sobre todo en ancianos que van a apagarse sucesivamente con los recuerdos de la raza misma, de niños de los cuales la mayoría sin duda van a emigrar a su vez, y de mujeres que no están todas destinadas a conocer las alegrías de la familia y que las necesidades del sustento expulsarán de la patria. Desde hace treinta años los Vascos han puesto sus anhelos en el Nuevo Mundo; es decir que en el espacio de una generación la cuarta parte de los hombres válidos han abandonado ya el país natal. Cada año, a pesar de las guerras y de las revoluciones de las provincias del Plata, el movimiento de emigración continúa con rapidez cada vez mayor, y en ciertos villorrios de los Pirineos amenaza cambiarse en verdadera fuga. ¿Se comprende, cuando la misma nación se va, cómo la lengua, dividida además en varios dialectos muy diferentes unos de otros (9), podría resistir a la presión de dos idiomas invasores que la sitian? También, es demasiado elevado el número de seiscientos mil que se da como el de los Euskaros que hablan su lengua materna, y no puede faltar de reducirse rápidamente en un porvenir muy próximo. Para terminar, el vasco será borrado de las lenguas de Europa como el *córnico*, el *erse*, el *manx*, el *wende* (4), y luego desaparecerán también con el idioma las antiguas costumbres y las trazas de la antigua nacionalidad.

Ciertamente, al ver perderse en medio de las poblaciones circundantes a ese último grupo que permanecía aún del antiguo mundo ibero, es imposible no experimentar un sentimiento de tristeza, porque entre las razas humanas los Vascos eran verdaderamente una de las más nobles y hasta en muchos aspectos su estado social era superior al nuestro. No se trata de ningún modo de una paradoja: la historia y las leyes pirenaicas atestiguan altamente de la preeminencia que les proporcionaban sobre las sociedades vecinas su rectitud, su generosidad, su amor celoso por la independencia, su respeto hacia el individuo. Únicos entre todos los pueblos de la Europa

meridional los Vascos supieron hacerse respetar por los Romanos y no llegaron a ser de ningún modo sus esclavos; han cruzado solos esos largos y dolorosos siglos de la Edad Media sin dejarse deshonrar por la servidumbre. Los desdichados y bárbaros siervos que les rodeaban, imaginándose en su vergonzosa abyección que la libertad era privilegio de nobleza, veían en ellos gentilhombres, y los Vascos en verdad eran todos nobles, y tanto y más que los altos barones de las cortes de Francia y de España, pues sus derechos no dependían de un amo, siendo inmediatamente vengado el menor menoscabo que se permitieran de ellos. Si tenían soberanos, por lo menos les obligaban a observar punto por punto la ley jurada, y amenudo se hicieron un deber de aplicar la pena de muerte pronunciada por las constituciones locales contra el violador del juramento. Dueños de sí mismos, se abstendían con cuidado de intervenir en los asuntos de sus vecinos. Si el rey de Castilla o de Francia les invitaba a seguirle, empezaban por examinar si la guerra era legítima, y si parecía injusta ningún montañés salía de su valle. Mientras la historia de Europa era un inmenso asesinato, ellos vivían en paz; cada año los distritos situados en las vertientes opuestas de los Pirineos se juraban amistad perpetua, y cada cual a su vez sus embajadores colocaban solemnemente una piedra simbólica sobre una pirámide alzada por los antecesores en medio de los pastizales del puerto. Todas esas pequeñas repúblicas, cuyo aislamiento las hubiera hecho ser fácil presa para los conquistadores, estaban fraternalmente unidas en una gran federación, y cada una se comprometía a «sacrificar sus bienes y su vida» (13) para mantener la patria común «en derecho y justicia» (13). *Irurac bat* (4), las tres hacen una, esa es la bella divisa de las provincias vascongadas. En las asambleas nacionales que se reunían en medio de la libre naturaleza bajo la sombra de los robles, todos votaban teniendo el mismo valor el sufragio de cada uno. Caso extraño, en una época en que las poblaciones bárbaras de Europa trataban a la mujer con desprecio tan feroz, los Vascos guardaron para ella esa deferencia que escandalizó ya a Estrabón hace diez y ocho siglos; en varios valles, como hoy en el estado americano de Kansas, las ciudadanas emitían su consejo y su voz con la misma libertad que los hombres. Las crónicas locales han registrado sesiones en que, sola contra todos, mía mujer mantenía enérgicamente su opinión, y esta opinión, hay que decirlo, era amenudo la mejor.

Lo que sobre todo demuestra cuan superior era la sociedad

euskara, tan poco importante en número, a las poblaciones. vecinas por sus elementos de civilización, es el gran respeto que se tenía por la persona humana. Todo Vasco era absolutamente inviolable en su morada, y en ese Castillo-fortaleza, protegido por el respeto de todos, se hallaba en mayor seguridad que el Francés de la Edad Media al pie del altar o que el Inglés de nuestros días con los privilegios del *habeas corpus*. Si otros Iberos, libres como él, presentaban ante el consejo una acusación contra su persona, su casa no permanecía menos sagrada para todos, y altivo y soberbio, la gorra sobre la cabeza, el bastón en la mano y tan digno como los pares que iban a juzgarle, llegaba bajo el roble de Guernica en que tenían lugar las audiencias; en plena naturaleza, a la vista de las montañas y del mar, bajo el amplio ramaje de un árbol diez veces secular, asiento de los veedores reunidos, ahí era donde el Euskaro, de pie ante sus jueces y sus acusadores, respondía como un hombre libre a sus iguales. Ninguno, a menos que no estuviera convicto de crimen, podía ser privado de su morada, de su caballo o de sus armas; jamás se atentaba en lo más mínimo a su libertad personal. Además, la libertad absoluta de sí mismo era para el Vasco la misma vida; por no perecer de fastidio es por lo que tantos jóvenes huyen de la conscripción y por lo que cada año millares de hombres son arrancados de nuestra sociedad autoritaria y formalista para ir a respirar aire libre a las pampas del Nuevo Mundo. Agustín Chaho, a quien podría darse el nombre de «último de los Vascos» (13), que él mismo daba a Zumalacarregui, prefirió encerrarse en una habitación estrecha del quinto piso de una casa de Bayona antes que sufrir por calles y paseos la innoble vigilancia de agentes demasiados celosos. El que, después de la libertad, amaba a la naturaleza por encima de todo, permaneció durante más de un año sin otra vista que la de los tejados apretados de una ciudad, y se apagó al fin por falta de aire y movimiento sin haber podido terminar las grandes obras que había emprendido acerca del idioma querido.

Se puede juzgar a un pueblo por sus juegos, porque el hombre, cuando se deja llevar por el placer, olvida de cuidar su actitud y denota así el mismo fondo de su naturaleza. Si esta naturaleza es mala o vulgar, se presentará con toda su fealdad o su pobreza en medio de las fiestas, en tanto que si es verdaderamente noble, la alegría y el abandono le proporcionarán un encanto más. Las diversiones son también una prueba contundente que muchos pueblos incultos y hasta los que se dicen civilizados no pueden afrontar

honorablemente, pero los Vascos, por lo menos en las comarcas donde han permanecido por sí mismos, aportan a sus entretenimientos aquella dignidad y respeto personal dictados por sus leyes y sus constituciones nacionales. Sus juegos, como los de sus abuelos los Iberos, lo son de fuerza, de gracia y de habilidad. Sobre el césped de su valle, los jóvenes Vascos se ejercen en el salto, en la danza y en la lucha. Unos se precipitan a una señal determinada y franquean de un salto el arroyo, o escalan a la carrera un declive escabroso; otros, plantados sólidamente en sus piernas y echado hacia atrás el tronco, balancean sobre sus cabezas bloques pesados de peñas que arrojan en seguida esforzadamente. En cuanto al juego de la pelota, que es una de las glorias de la nación, resulta verdaderamente jovial presenciarlo, y mucho más aún poder tomar parte en él. La pelota, poderosamente lanzada tan pronto a ras de tierra como en inmensa parábola por las alturas del aire, vuela incesantemente de un bando al otro. Sale, va, vuelve, se lanza de nuevo como un ser alado sin caer a tierra durante varios minutos, y las miradas de la muchedumbre, arrastrados por ella, la siguen todas sus curvas a través el espacio. Los montañeses euskaros que con sus guantes de cuero se devuelven así la pelota con tanto vigor y precisión, no tendrán estatuas talladas en mármol como los héroes de los estadiums de Grecia, ni los cantos que celebran sus triunfos tendrán eco fuera de sus valles nativos, y sin embargo sus juegos no ceden en nada a las fiestas gloriosas de Corinto o de Olimpia si no es por la poesía que significa un pasado de veinte siglos.

En la libre naturaleza, respirando el aire fresco de sus montes, es como el Vasco ama a divertirse; para que se encuentre satisfecho precisa un paisaje imponente y risueño. Casi todas las casas se alzan aisladamente en los promontorios, sobre los declives de las lomas o al borde de los arroyos; ante la morada se extiende una pradera plantada de robles en que cada atardecer, tras la labor diaria, los jóvenes se reposan de sus fatigas con bailes y cantos. En los villorrios, los emplazamientos escogidos por los aldeanos que se encuentran los domingos y días de fiesta son casi siempre los sitios más pintorescos; pero aquellos hermosos panoramas no les bastan a esos montañeses amantes de su tierra natal. Cuando han terminado los grandes trabajos de la cosecha, se toman varios días de completa libertad y se dirigen en masa a una cumbre donde disfrutarán de descanso a la vez que de la naturaleza y de la sociedad de unos con otros. Uno de estos lugares de reunión, grandiosos en comparación

con las salas de danza de nuestras ciudades, es la meseta de Ahusky (5), entre San Juan Pie de Puerto, Mauleón y Tardets. Es un prado cubierto de césped, contando varios kilómetros de largo, en que las aguas de lluvia excavaron de distancia en distancia por falta de suficiente evacuación profundos embudos obstruidos por zarzas y matorrales. Varios espinazos revestidos de helechos resguardan de los vientos del norte y del oeste a la meseta; pero al sur la vista se extiende libremente sobre un horizonte semicircular de valles cultivados y de montes negros de bosques. Enfrente de este magnífico cuadro, en el césped de una alta terraza alzada a más de 900 metros sobre la altura del llano, los campesinos y campesinas descansan alegremente de sus fatigas del año. A sus pies ven abrirse el barranco profundo de Aphoura (5), donde Rolando se divertía, según dicen, jugando a pala con enormes piedras que erizan la tierra, y como ese héroe legendario se ejercitan en juegos de fuerza y de habilidad; las mismas muchachas luchan sobre el césped de la pradera brotando de sus grupos risas incesantes. Cuando el tiempo es favorable, la planicie de Ahusky se convierte desde la mañana hasta la noche en campo de lucha y de carreras donde todos salvo los ancianos figuran a su vez como espectadores y combatientes. Así transcurren las jornadas de asueto; luego, cuando las montañas se velan y la estación se hace lluviosa, los hombres vuelven a tomar su bastón nudoso, las mujeres vuelven a montar a caballo envolviendo la criatura en su manto de lana, y las caravanas se dirigen cada una hacia su valle descendiendo en largas hileras por las pendientes de las montañas.

Esas reuniones de los Vascos sobre las altas cimas de los Pirineos, no se puede negar que son bellas por distinto concepto que las ruidosas y envinadas de los «jubileos» y «freries» (13) en la mayor parte de las aldeas del centro y norte de Francia; desgraciadamente la explotación mercantil, la vigilancia chismosa de la administración y los usos modernos han modificado mucho ya y terminarán por cambiar completamente esas fiestas de los Vascos, que hasta hace poco eran a la vez tan joviales y tan decentes en su libertad. Las costumbres se pierden al mismo tiempo que el idioma, y los Euskaros se hacen Españoles o Franceses según el país al cual pertenezcan políticamente. Con todo eso, no hay que ver una desgracia en esa unión que se realiza; a pesar de la pena que debe ocasionar la desaparición de lo que había de noble en las antiguas costumbres nacionales, no se podría deplorar la fusión gradual que se lleva a



cabo entre los descendientes de los Iberos y los de los Galos, Romanos, Visigodos, puesto que es a ambición de la mezcla entre los hombres como el progreso puede realizarse en los pueblos y en la humanidad entera. Las razas, como los cuerpos químicos, deben disolverse para formar combinaciones y adquirir propiedades nuevas. Al entrar en la sociedad moderna, fuera de la cual vivían en otro tiempo, los Vascos tendrán que sacrificar la pureza de su tipo, su hermoso idioma, los recuerdos de su gloriosa historia y quizás hasta su nombre; muchos de ellos se arriesgarán así a perder toda originalidad nacional y, no poseyendo ya más que hábitos y pensamientos plagiados, se alinearán en ese vulgar rebaño de los hombres que renuncian a toda iniciativa; pero en nuestra sociedad medio bárbara en que la instrucción no está sino en estado de bosquejo y donde los fenómenos sociales más importantes se cumplen todavía como al azar, este hecho capital de la absorción de una raza por las naciones vecinas no podría producirse sin acarrear a las poblaciones numerosos perjuicios temporales. Como revancha, los Euskaros, perteneciendo en lo sucesivo al mundo moderno, se pondrán también a la obra común para el bien de todos, y por ello mismo entrarán en una civilización muy superior a la que les era especial. Ahora, ya no tienen que buscar más la libertad para ellos solos (17); no es a título de hidalgos, reconocidos como tales por los *fueros* (4) y los tratados, como tienen derecho al respeto hacia su persona, y sí en calidad de hombres libres e iguales (18). Su ideal no se deja ya encerrar en el estrecho horizonte de sus montañas, porque no es absolutamente bajo el roble de Guernica donde se debe dictar justicia, sino también en todos los puntos de la tierra donde se encuentre un grupo de seres humanos (17).

Por lo demás, las cualidades de la raza euskara no desaparecerán de ningún modo como consecuencia de la fusión de los Vascos con los pueblos circundantes; se extenderán sobre mayor número de individuos y facilitarán el acercamiento entre los hombres. Así el Bearnés, descendiendo de los Iberos pero contando igualmente entre sus antecesores a Celtas y Romanos, es el intermediario natural

---

(17) Es una acusación falsa la de que los Vascos buscaran la libertad para ellos solos. Ya lo dijo el bardo euskaldun: *Eman ta zabalzazu*, da y difunde (N. del T.).

(18) No creemos que se pueda afirmar que el servicio militar obligatorio, tal y como está constituido en Francia, representara una garantía de respeto personal en una sociedad de hombres libres e iguales (N. del T.).

entre el Vasco y los demás habitantes del sudoeste de Francia. De igual modo, los Bordeses, de figura tan fina y agraciada, de andar tan ligero, son la mayoría no menos Iberos que Galos y, por un fenómeno frecuente en todas las razas mezcladas, se encuentran amenudo entre ellos personas que recuerdan de manera sorprendente el tipo de los Vascos pirenaicos. Si se encuentra ya algo del Delaware y del Cherokee bajo el Americano del norte, aunque la sangre de los Pielas Rojas esté mezclada en tan débil proporción a la de los colonos de toda raza desembarcados en el Nuevo Mundo, ¿cuánto más marcada debe estar la influencia ibérica sobre estas poblaciones francesas originadas por el cruzamiento de Celtas, Francos, Romanos y autóctonos anónimos? Sería también difícil declarar en qué proporción han modificado el fondo ibérico de los habitantes de España los Fenicios, Judíos, Moros, Gitanos, Godos y Celtas; pero a pesar de la diversidad de todos estos elementos, la fusión no dejó de hacerse menos definitivamente, y cualquiera que fueren las vanidades nacionales, es en lo sucesivo imposible discutir el ingreso (9) (19) en la gran fraternidad humana (20) de esta raza múltiple producida por la unión de tantas razas antiguamente distintas y enemigas.

Bajo este punto de vista, la mezcla gradual de los Vascos con los otros pueblos de la Europa occidental es uno de los hechos más considerables de la historia. Por sus rasgos físicos, idioma, tradiciones y costumbres, estos hombres constituyen sin duda alguna una raza aparte. No descienden del tronco ario en el cual muchos sabios, movidos por un mal sentimiento de orgullo, ven la única raza verdaderamente humana, la única digna de las luces y de las alegrías de la libertad, y sin embargo los aborígenes euskaros pueden ingresar (19) con pie firme en la sociedad moderna; ya son nuestros hermanos de sangre y de inteligencia, comparten nuestros destinos sin mostrarse en nada inferiores a nosotros. Y, mientras al pie de los Pirineos se cumple esta fusión entre razas de origen completamente distinto, vemos operarse cruzamientos análogos en el nuevo continente de América entre rojos, negros y blancos de todas las partes del mundo. Dígase lo que se quiera, esos mestizos, cuyos antepasados pertenecieron a todos los continentes a la vez, no tienen menos vitalidad que los Arios de Europa y de Asia, y su corazón

---

(19) ¡Cualquiera diría al oír esto que los Vascos vivieron hasta 1867 en el planeta Marte! . . . . (N. del T.).

(20) ¿En cual? ¿En la que se puso de manifiesto durante la reciente guerra Europea?..... (N. del T.).

se halla bastante elevado para que sepan fundar y mantener sociedades libres. Para nosotros que buscamos la unidad de la raza humana, no en el pasado sino en lo futuro, esta alianza de más en más íntima entre las diversas familias de hombres es el principio de la unión que terminará por transformar en una sola humanidad a todos los pueblos de la tierra. Como numerosos ríos que de puntos opuestos se precipitan hacia un mismo valle para encontrarse y unirse en un río soberbio, así se acercan unas a otras las razas nacidas en continentes dispersos, y tarde o temprano los hombres se reconocerán como hermanos, con el mismo sentimiento de sus derechos y el mismo ideal de justicia y de virtud.

«MARTIN DE ANGUIOZAR» traduxit.